

EXTRAÑO PACIENTE

James White

I

El crucero Sheldon, del Cuerpo de Monitores, surgió al espacio normal aproximadamente a unos ochocientos kilómetros del Hospital General del Doceavo Sector, llevando sujetos a su casco, dentro del campo de los generadores de hiperpropulsión, los restos de la nave que motivaban su llegada. En alguna parte en el interior de los restos había un superviviente que necesitaba ayuda médica urgente.

El capitán Monitor de la nave explicó rápidamente a Recepción lo que ocurría, y recibió la respuesta de que el asunto sería tratado inmediatamente. Ahora que el bienestar del superviviente estaba en manos competentes, el capitán decidió que podía regresar con la conciencia tranquila a explorar el desastre, aunque los restos que habían quedado en el espacio pudieran estallar en cualquier momento.

El doctor Conway estaba sentado muy inconfortablemente en un confortable sillón del despacho del psicólogo jefe.

—Relájese, doctor —dijo de pronto O'Mara—. Si estuviera usted aquí para recibir una reprimenda ya le habría indicado otra silla para sentarse. Por el contrario, recibí órdenes para darle una buena palmada en el hombro. Fue promovido, doctor. Felicitaciones. Dios nos salve, pero es usted ahora un Médico Jefe.

Antes de que Conway pudiera reaccionar ante la noticia, el psicólogo le tendió una enorme y cuadrada mano.

—En mi opinión —prosiguió O'Mara— se ha cometido aquí un terrible error. Pero parece que su éxito con ese SRTT en disolución y su contribución en el caso del dinosaurio levitador han impresionado a la gente de las altas esferas... no creen que fue debido a una cuestión de suerte sino a sus capacidades. Pero yo ni siquiera le confiaría mi apéndice.

—Es muy considerado por su parte, señor —dijo Conway secamente.

O'Mara sonrió de nuevo.

—¿Qué quería, parabienes? Mi trabajo es encoger cabezas, no hincharlas. Bueno, creo que debo darle unos minutos de tiempo para adaptarse a su nueva gloria...

Conway se sentía alta y agradablemente impresionado. Tenían que haber pasado aún varios años antes de que llegara su promoción a Médico Jefe, y en cambio... Se sentía también algo asustado.

De ahora en adelante llevaría un brazalete orlado de rojo, tendría prioridad en los corredores y comedores sobre todos los demás, excepto los Jefes más antiguos y los Diagnosticadores, y todo el equipo o asistencia que necesitara. Pero tendría también total responsabilidad sobre cualquier paciente a su cargo: no podría huir de ella o pasársela a otro. Su libertad personal se vería más limitada. Tendría que dar clases a enfermeros, entrenar a los jóvenes internos, y casi ciertamente formar parte de alguno de los programas de investigación a largo plazo. Se le exigiría la posesión permanente de una grabación de fisiología, quizá de dos. Lo cual, como sabía muy bien, no tenía nada de agradable.

Lo único que podía decir era que viviría mejor que un Diagnosticador... uno de los raros seres cuya mente era lo bastante estable como para retener permanentemente seis, siete o incluso diez grabaciones del Educador. A sus cerebros cargados de información era confiada la realización de investigaciones originales xenológicas y la diagnosis y tratamiento de nuevas enfermedades en formas de vida hasta entonces desconocidas.

En el Hospital solía decirse que aquel que era suficientemente sano de mente como para querer ser un Diagnosticador tenía que estar forzosamente loco. En realidad, los Diagnosticadores se sujetaban voluntariamente a la forma más drástica de esquizofrenia múltiple...

La voz de O'Mara interrumpió sus pensamientos.

—Y ahora que se halla ya en las alturas, tengo un trabajo para usted. Fueron hallados los restos de una nave que contienen un superviviente. Al parecer, no es posible usar los medios normales para sacarlo de ahí. La clasificación fisiológica es desconocida... no podemos identificar la nave por lo que queda de ella y, en consecuencia, no podemos hacernos una idea de lo que esa criatura come o respira, ni siquiera de cuál es su aspecto. Quiero que vaya allá y resuelva las cosas rápidamente, de modo que podamos transferir la criatura al Hospital para ser tratada. Sabemos que los movimientos dentro de los restos de la nave son cada vez más débiles.

—Sí, señor —dijo Conway, levantándose inmediatamente. Se detuvo junto a la puerta, y más tarde pensaría de aquel acto de soberbia que realmente la promoción se le había subido a la cabeza—. Y ya tengo su apéndice, señor. Kellerman se lo extrajo hace tres años. Lo conservó en alcanfor e hizo con él un trofeo de ajedrez. Lo tengo en mi biblioteca...

La única reacción de O'Mara fue inclinar la cabeza, como si recibiera un cumplido.

Una vez en el corredor, Conway se dirigió al comunicador más próximo y pidió conexión con Transportes.

—Al habla el doctor Conway —dijo—. Tengo un caso de extrema urgencia y necesito un transbordador. Y también un enfermero capaz de utilizar un analizador y con experiencia en extraer gente de entre los escombros. Estaré en la Escotilla de Admisión Ocho dentro de pocos minutos...

Echó a andar por el corredor, y observó que la mayor parte de la gente que se cruzaba en su camino —casi todos ellos enfermeros DBLF, y algunos LSVO— se apartaba inmediatamente para dejarle pasar. Lo cual demostraba, teniendo en cuenta que no había tenido tiempo aún de cambiar su brazaletes y llevaba aún el antiguo, que las noticias corrían rápidamente en el Hospital.

Sin embargo, su orgullo se disipó apenas llegar a la Escotilla Ocho. Había allí un enfermero DBLF, múltipedo y peludo, que se puso a resoplar y silbar apenas le vio. El lenguaje de los DBLF era enteramente incomprensible, pero el traductor lo convirtió en un fluido inglés:

—Hace exactamente siete minutos que lo espero. Me dijeron que era una emergencia, y usted viene tan tranquilamente, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo...

Conway suspiró.

—Habría acortado su tiempo de espera si hubiera corrido todo el camino —dijo—. Pero no me gusta correr, porque una prisa indebida en una persona de mi posición conduciría a los demás a pensar que era presa del pánico y no me sentía seguro de mi capacidad. Por lo tanto, y para que lo sepa, no vine hasta aquí ni corriendo ni arrastrando los pies, sino a un paso confiado y natural.

El sonido que emitió el DBLF como respuesta era intraducible.

Conway pasó el túnel de unión ante el enfermero, y segundos más tarde se apartaban de la escotilla. En el visor trasero del transbordador, la enorme masa de luces que era el Hospital comenzó a contraerse y a apartarse, y Conway dejó de preocuparse por ello.

No era la primera vez que trabajaba en los restos de una nave, y sabía muy bien lo que tenía que hacer. Pero recordó de pronto que esta sería la primera vez en que le pertenecería toda la responsabilidad. Y le gustaría poder compartirla con alguien... con el doctor Prilicla por ejemplo.

Durante el trayecto, el DBLF, que le dijo se llamaba Kursedd, intentó reiterada y concienzudamente agotar la paciencia de Conway. El enfermero estaba por completo

desprovisto de tacto, y aunque Conway supiese cuál era la razón de ello, era algo difícil de soportar.

La especie a la que pertenecía Kursedd no era telépata, pero sus individuos podían leer con facilidad los pensamientos de los demás simplemente observando su expresión. Con sus cuatro ojos extensibles, sus dos antenas auditivas, un pelo que podía ser suave como la seda o erizado como espinos, además de otras características muy flexibles y expresivas— sobre las cuales tenía muy poco dominio—, era comprensible que aquellos seres parecidos a orugas nunca hubiesen aprendido a ser diplomáticos. Invariablemente decían lo que pensaban, porque, para las criaturas de su especie, decir algo distinto resultaba estúpido.

Se acercaron al crucero y al pecio suspendido en el espacio, junto a él. Excepto su color naranja brillante, los restos eran idénticos a cualesquiera otros restos. Dijo a Kursedd que diera algunas pasadas a su alrededor, y se dirigió hacia el panel delantero.

A corta distancia, la estructura interna de la nave era claramente visible, debido a que el accidente la había partido prácticamente en dos. El metal era oscuro, normal, de modo que el color del casco debía ser debido a la pintura. Conway registró el hecho porque podía ser indicador del alcance visual de las criaturas que la habían construido y de la opacidad de la atmósfera en que vivían. Pocos minutos después le dijo a Kursedd que atracara junto al Sheldon.

La antesala de la escotilla del crucero era pequeña, y en ella había varios Monitores discutiendo acerca de un extraño mecanismo, sacado evidentemente de entre los restos de la otra nave. En el compartimento se oía el lenguaje técnico de al menos media docena de especialistas, y ninguno de ellos concedió la menor atención al médico y al enfermero hasta que Conway carraspeó ruidosamente por dos veces. Entonces, un oficial con la insignia de mayor se le acercó y dijo:

—Capitán Summerfield. Ustedes son los tipos del Hospital, ¿no?

Conway se irritó. Comprendía lo que pensaba aquella gente: el hallazgo de los restos de una nave interestelar, perteneciente a una cultura desconocida, era un acontecimiento raro y un verdadero tesoro tecnológico. Pero Conway tenía otras cosas en que pensar, y por ello fue directo a lo que le interesaba.

—Capitán Summerfield —dijo secamente—, tenemos que establecer y reproducir las condiciones de vida de la superviviente y tan aprisa como sea posible, para poder transportarlo y mantenerlo en el Hospital. Necesitamos de alguien que nos acompañe en una visita al pecio. Un oficial responsable a ser posible, con un conocimiento concreto de...

—Por supuesto —dijo Summerfield—. ¡Hendricks! —gruñó. Un teniente que llevaba puesta la mitad inferior de un traje de presión y mostraba una expresión algo afligida avanzó hacia ellos. El comandante hizo apresuradamente las presentaciones y regresó junto al enigmático artefacto.

—Necesitamos trajes para servicio pesado —dijo Hendricks—. Puedo encontrarle uno para usted, doctor Conway. Pero para el doctor Kursedd...

—No se preocupe —dijo Kursedd—. Tengo un traje en el transbordador. Son sólo cinco minutos.

El enfermero se dirigió hacia la escotilla. Conway estuvo a punto de aclararle a Hendricks que Kursedd no era médico, pero notó que el hecho de ser tratado de «doctor» producía en el DBLF una tremenda emoción... como si aquello confirmara que era realmente alguien. No supo dilucidar si la expresión que apareció en su rostro era de placer o de ironía. Pero, como la cuestión no era vital, prefirió no decir nada.

II

La siguiente ocasión en que Hendricks se dirigió al «doctor» Kursedd fue cuando entraban en los restos de la nave, pero esta vez la expresión del DBLF quedaba oculta por el traje espacial.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Conway, mirando curiosamente a su alrededor—. ¿Una colisión?

—Nuestra teoría —respondió Hendricks— es que uno de los dos pares de generadores que mantenían la nave en el hiperespacio a velocidades superiores a las de la luz falló por alguna razón. La mitad de la nave regresó súbitamente al espacio normal, lo cual significa automáticamente que fue retenida a una velocidad muy inferior a la de la luz. El resultado fue que simplemente la nave se partió en dos. La sección que contenía los generadores averiados quedó atrás, porque tras el accidente el otro par de generadores debió haber seguido funcionando durante uno o dos segundos. Varios dispositivos de seguridad debieron entrar en acción para convertir la nave en estanca y corregir las deficiencias, pero el choque lo destruyó todo de tal modo que esos dispositivos no funcionaron convenientemente. Sin embargo, fue emitida una señal automática de alarma que tuvimos la fortuna de captar, y es evidente que aún existe una cierta presión en algún lado, porque oímos al superviviente moverse. En cuanto a la otra mitad de la nave, no sabemos nada de ella. Si hubiera emitido también una señal, la habríamos captado.

—¿Cómo puedo llegar al lugar donde se supone que está el superviviente? —preguntó Conway.

Hendricks verificó los cinturones antigravitatorios de sus trajes y los depósitos de aire y dijo:

—No puede, al menos por ahora. Sígame y le mostraré el porqué.

O'Mara se había referido a las dificultades existentes para llegar cerca de la criatura. Conway había imaginado que se trataba de la normal acumulación de escombros bloqueando el peso. Pero mirando al teniente, y pensando en la habitual eficiencia del Cuerpo de Monitores, se convenció de que los obstáculos no eran vulgares.

Sin embargo, cuando penetró en el pecio, todo le pareció inesperadamente limpio. Había las habituales cosas flotando, pero no se trataba de una barrera sólida. Sólo cuando miró a su alrededor desde cerca comprendió la verdadera magnitud de los daños. No había un solo pertrecho, soporte o plancha que no estuviera suelto, arrancado o torcido. Al otro lado del compartimiento donde habían entrado había una pesada puerta, por la que había penetrado el fuego y donde se veían restos de la mesa usada para reparar grietas.

—Este es nuestro problema —dijo Hendricks—. El accidente casi deshizo la nave. Si no estuviéramos ingravidos, se caería en pedazos a nuestro alrededor.

Calló unos instantes para ayudar a Kursedd, que tenía dificultades para pasar por el orificio de la puerta, y luego continuó:

—Todas las puertas estancas debieron cerrarse automáticamente, pero con la nave en esas condiciones el hecho de que una puerta estanca se cerrara no significa necesariamente que exista presión al otro lado. Y aunque creamos haber descubierto los controles manuales, no podemos tener la absoluta certeza de que la abertura por ese método no lleve a otra puerta de la nave a abrirse simultáneamente, con resultados mortales para el superviviente.

Conway oyó a través de sus auriculares un profundo suspiro, y el teniente continuó:

—Nos vimos obligados a instalar compuertas de aire en todos los mamparos que atravesamos, para que la pérdida de presión, al realizar la próxima abertura, fuera mínima. Pero es un proceso muy lento, y no podemos hacer simplificaciones que pongan en peligro a la criatura.

—Imagino que el problema se puede resolver con más equipos de socorro —dijo Conway—.

Si no existen en su nave, podemos traerlos del Hospital. Eso reduciría el tiempo...

—¡No, doctor! ¿Por qué cree que estamos estacionados a ochocientos kilómetros? Hay indicios de grandes reservas de energía en el pecio, y hasta que no sepamos exactamente cuan grandes son y dónde están tenemos que extremar las precauciones. Queremos salvar a la criatura, pero no queremos que todo esto reviente. ¿No le dijeron eso en el Hospital?

Conway agitó la cabeza.

—Tal vez no quisieron que me preocupara.

Hendricks se rió.

—Yo tampoco lo quiero. Las posibilidades de una explosión son muy pequeñas si tomamos las debidas precauciones. Pero si llenamos todo eso de gente haciendo agujeros y desmontándolo todo, entonces se convertirá casi en una certeza.

Mientras el teniente hablaba, habían cruzado otros dos compartimentos y un pequeño corredor. Conway notó que cada sala tenía un color distinto. Por lo visto, la especie a que pertenecía el superviviente tenía nociones muy individuales acerca de la decoración interior.

—¿Cómo esperan alcanzarlo? —preguntó.

Era una pregunta sencilla, pero que exigía una respuesta complicada. La criatura había hecho notar su presencia por sus ruidos, o mejor dicho por las vibraciones que sus movimientos inducían a las estructuras. Pero el estado de ruina de la nave y el hecho de que los movimientos fueran de duración irregular y cada vez más débiles hacía imposible determinar con precisión su posición. Estaban abriendo camino hacia el centro, porque allí era el lugar donde más probablemente podía subsistir un compartimento estanco. Pero esto hacía que por otro lado no notaran los movimientos de la criatura, a causa del ruido y de la vibración causados por el equipo de socorro.

En pocas palabras, todo ello significaba que no llegarían al lugar previsto antes de tres a siete horas.

Y después de esto Conway tendría que obtener una muestra de la atmósfera, analizarla y reproducirla, asegurarse de la presión y de la gravedad necesarias, preparar la transferencia al Hospital y hacer lo que fuera posible en cuanto a las heridas, hasta que pudiesen ser debidamente tratadas.

—Demasiado tiempo —murmuró—. Débil como está, la criatura no podrá sobrevivir indefinidamente. Tenemos que preparar la acomodación del paciente sin haberlo visto siquiera... arriesgarnos a hacerlo. No podemos hacer otra cosa...

Rápidamente. Conway dio órdenes para que fueran retiradas algunas planchas del suelo a fin de poner al descubierto las parrillas gravitatorias. Pidió al teniente que hiciera un rápido cálculo de su capacidad. Todas las especies de la Galaxia que navegaban entre las estrellas usaban el mismo sistema de gravedad artificial. Si aquellas criaturas disponían de otro, lo mejor sería desistir inmediatamente.

—Las características físicas de cualquier forma de vida —explicó— pueden ser deducidas de sus alimentos, sus exigencias dimensionales y energéticas y sus parrillas de gravedad artificial, y del aire contenido en sus conducciones. Partiendo de esos elementos podremos reproducir sus condiciones de vida...

—Algunos de los objetos que flotan en el aire podrían ser contenedores de alimentos —dijo de pronto Kursedd.

—Es una idea —aceptó Conway—. Pero primero tenemos que obtener una muestra del aire. Sólo así tendremos una vaga idea de su metabolismo, lo cual ayudará a diferenciar los frascos de tinta de los frascos de jarabe...

Unos segundos más tarde se ponía en marcha una búsqueda para detectar y aislar el sistema de abastecimiento de aire de la nave. Conway se sintió sorprendido por la cantidad y diversidad de las canalizaciones existentes incluso en los compartimentos más pequeños.

Pasaron dos horas antes de que llegaran a la conclusión de que los conductos de aire debían estar formados por un tubo de gran diámetro y gruesas paredes, que sería el de eliminación, mientras que la entrada se efectuaba a través de un gran haz de tubos. ¡Porque había nada menos que siete conducciones de entrada!

—Una criatura que necesita de siete sustancias químicas... —dijo Hendricks, antes de caer en un estupefacto silencio.

—Sólo un conducto lleva el componente principal —hizo notar Conway—. Los demás deben contener elementos vestigiales o inertes, como el nitrógeno en nuestro aire. Si esas válvulas reguladoras que se ven en los tubos no se cerraron cuando el compartimento perdió presión, podremos hacernos una idea de las proporciones por su respectiva regulación.

Kursedd se movió. Extrajo de su maletín un pequeño soplete de corte, aplicó la llama sobre uno de los tubos, y Conway se aproximó con un frasco, preparado para tomar una muestra de análisis.

Del tubo surgió un chorro de vapor amarillento, y Conway cerró el frasco. Kursedd comenzó a trabajar en otra parte de las tuberías.

—Al parecer es cloro —dijo el DBLF mientras trabajaba—. Si el cloro es el principal componente de su atmósfera, entonces podremos usar una sala PVSJ modificada.

—No sé por qué, pero me parece que no será tan simple como eso —dijo Conway.

Apenas acababa de hablar cuando un chorro de vapor blanco, a alta presión, llenó de neblina el compartimento. Kursedd dio un salto hacia atrás, instintivamente, apartando la llama del tubo, y el vapor se convirtió en un líquido transparente e incoloro que se transformó en una multitud de bolas. Parecía agua pensó Conway mientras recogía otra muestra.

En el tercer corte, la llama aumentó de tamaño y brilló visiblemente. No había la menor duda en cuanto a su naturaleza.

—Oxígeno —dijo Kursedd—. O algo muy rico en oxígeno.

—El agua no me preocupa —dijo Hendricks—. Pero cloro y oxígeno forman una mezcla irrespirable.

—Estoy de acuerdo —dijo Conway—. Cualquier criatura que respire cloro muere al cabo de unos pocos segundos en una atmósfera de oxígeno, y viceversa. Pero tal vez uno de los dos gases constituya una pequeñísima parte de la composición. Sin contar que es posible que ambos gases sean componentes vestigiales, y aún no hayamos encontrado el principal.

Los cuatro tubos restantes fueron horadados y recogidas las correspondientes muestras. Kursedd parecía estar meditando las palabras de Conway porque, cuando terminó su trabajo, dijo:

—Si estos gases entran en la composición en proporciones muy pequeñas, entonces ¿por qué no son mezclados inicialmente, con un oxidante o con su equivalente, como hacen todas las demás criaturas? ¿Y por qué desembocan todos en la misma canalización?

Conway estaba pensando en lo mismo, y no había hallado una respuesta.

—Analice inmediatamente las muestras —dijo secamente—. El teniente Hendricks y yo calcularemos las dimensiones físicas y las necesidades de presión de la criatura. Y no se preocupe. Todo resultará sencillo al final.

—Esperemos que las respuestas surjan durante la cirugía curativa y no en la autopsia —dijo Kursedd al retirarse.

Hendricks comenzó a levantar las planchas del suelo para observar las parrillas gravitatorias. Conway lo dejó dedicarse a su trabajo y se dedicó a buscar el mobiliario.

III

El desastre no había sido como otros, en los que todos los objetos móviles, conjuntamente con muchas otras cosas supuestamente inmóviles, eran atraídas hacia un solo punto de impacto. Allí se había producido apenas un breve y fuerte choque, que rompió casi todos los tornillos, remaches y soldadoras de la nave. El mobiliario, que era lo que más fácilmente se dañaba en cualquier nave, era quien más había sufrido.

A través de una silla o de una cama, se podía determinar el tamaño, la posición habitual y el número de miembros de quien la utilizaba con una razonable precisión. Pero la suerte no estaba del lado de Conway. Algunos de los fragmentos que flotaban en los compartimentos pertenecían casi con seguridad a muebles. Pero estaban tan mezclados que intentar comprender lo que representaban era como procurar ensamblar correctamente las piezas mezcladas de dieciséis rompecabezas.

Conway estudiaba los restos de lo que parecía haber sido una hilera de armarios, buscando ropas, objetos o alguna fotografía, cuando Kursedd lo llamó.

—El análisis está listo —dijo el enfermero—. No hay nada que no sea normal en los componentes, considerados separadamente. Pero su mezcla sería mortal para cualquier especie de criatura poseedora de un sistema respiratorio. Mézclese como se mezcle, el resultante es siempre una combinación venenosa.

—Sea más explícito —dijo Conway—. Necesito datos y no opiniones.

—Además de los gases ya identificados, tenemos amoníaco, CO₂ y dos gases inertes. Juntos, en cualquier combinación imaginable, forman una atmósfera pesada, venenosa y muy opaca.

—¡Es imposible! —gruñó Conway—. Vimos la pintura interior, y ellos utilizan mucho los colores a pastel. Las especies que viven en atmósferas opacas no son sensibles a las sutiles variaciones de color...

—Doctor Conway —dijo la voz de Hendricks—. Ya verifiqué la parrilla. Por lo que veo, está preparada para cinco G.

Una atracción gravitatoria cinco veces mayor que la de la Tierra representaba una presión atmosférica proporcionalmente alta. La criatura debía respirar una verdadera sopa, espesa y venenosa... pero limpia. Y había otras implicaciones, más inmediatas y tal vez mortales.

—Avisé al equipo de socorro para que proceda con mucho cuidado —dijo inmediatamente a Hendricks—, aunque sin disminuir el ritmo. Cualquier bicho que viva bajo cinco G debe tener músculos, y las criaturas que se encuentran en un estado emocional como está acostumbran a perder la cabeza...

—Entiendo —dijo Hendricks con tono preocupado, y cortó.

Conway volvió de nuevo su atención a Kursedd.

—Ya oyó al teniente —dijo, con voz más calmada—. Experimente combinaciones a alta presión. ¡Y recuerde que quiero una atmósfera limpia!

Los restos de la nave estaban llenos de contradicciones, pensó Conway, cansado. El diseño y la construcción no sugerían una especie habituada a altos valores G, pero las parrillas gravitatorias podían producir hasta cinco G. Los colores interiores indicaban una especie poseedora de una capacidad de visión semejante a la del propio Conway. Pero, según Kursedd, en el aire en que vivían se necesitaría poco menos que un radar para poder ver algo a su través. Sin hablar del complejo sistema de abastecimiento de aire y el color del casco, naranja brillante...

Por vigésima vez, Conway intentó formarse una imagen comprensible con aquellas informaciones, pero no consiguió nada. Tal vez si atacase el problema desde otro lado...

De pronto, conectó la radio y dijo:

—Teniente Hendricks, ¿puede ponerme con el Hospital? Quiero hablar con O'Mara. Y

necesito que el capitán Summerfield, usted y Kursedd se hallen también en línea. ¿Puede conseguirme esto?

—Espere un momento —dijo Hendricks.

Entre estallidos, zumbidos y chasquidos, Conway oyó a Hendricks establecer las conexiones. Finalmente, O'Mara gruñó:

—Aquí el psicólogo jefe. Diga lo que tenga que decir.

Tan rápidamente como pudo, Conway le explicó lo que ocurría. Luego añadió:

—El equipo de socorro está encaminándose hacia el centro del pecio. Es el lugar donde todo indica que debe hallarse el superviviente, pero puede ocurrir que esté en cualquier otro lado. Y entonces necesitaremos muchos días para buscarlo. Sin tener en cuenta que, aunque al parecer sigue con vida, no debe estar nada confortable. No podemos esperar tanto tiempo.

—¿Qué pretende hacer, doctor?

—Bueno... si el capitán Summerfield me describiera mejor las condiciones en que descubrió el pecio... la posición, rumbo, o incluso sus impresiones personales... tal vez pudiéramos descubrir el planeta de origen, y eso resolvería...

—Me temo que no —dijo Summerfield—. Descubrimos que la nave había pasado por un sistema solar no muy distante. Pero ese sistema había sido descubierto por nosotros hace cerca de un siglo y registrado como colonizable, lo cual como indudablemente sabrá significa que no poseía vida inteligente. Es imposible que una especie pueda subir de la nada hasta una tecnología interestelar en cien años, de modo que la nave no puede haber venido de este sistema. Prolongando la línea de su curso no llegamos a ningún lugar... nos perdemos en el espacio intergaláctico. Creo que el accidente debió haber provocado una violenta alteración en el rumbo.

—En fin —dijo Conway—. Pero la otra mitad de la nave debe estar en alguna parte. Si la encontráramos... y, en particular, si contuviera el cuerpo o cuerpos de otros tripulantes... eso lo resolvería todo. ¡Hay que buscarla inmediatamente!

—¡Imposible! —gruñó el capitán Summerfield—. ¡Usted no sabe lo que sería eso! Necesitaríamos como mínimo doscientas unidades... ¡una subarmada entera!, para cubrir esa área en un tiempo útil. Y no creo que un espécimen muerto pueda ayudar a otro, que a esas alturas podrá estar también muerto. Sé que la vida tiene para usted más valor que cualquier otra consideración material, pero eso es ridículo. Aparte que no tengo autoridad para ordenar, o incluso para proponer, una operación de esta naturaleza...

—El Hospital la tiene —dijo O'Mara. Y añadió—: Está otra vez jugándose el cuello, doctor. No creo que, aunque la búsqueda trajera consigo la salvación del superviviente, eso compensará toda la alarma y todo el enorme gasto. Tal vez el Cuerpo se sintiera satisfecho por el descubrimiento de otra especie inteligente. Pero si la criatura muriera, o ya estuviera muerta cuando se iniciara la búsqueda, ¡tendría que pagar usted por todo!

Conway tuvo que aceptar aquello. Su interés por el superviviente no era normal. Lo que lo impelía era la curiosidad. Los extraterrestres no construían naves únicamente para intrigar a los médicos humanos. Aquellas aparentes contradicciones debían significar alguna cosa.

Por un momento, Conway pensó que tenía la respuesta. Pero lo olvidó todo cuando oyó la excitada voz de Hendricks gritando:

—*¡Doctor, encontramos al alienígena!*

Cuando Conway llegó junto a él, unos minutos más tarde, halló una compuerta estanca, portátil, en posición. Hendricks y los hombres del equipo de socorro hablaban con los cascos apoyados unos contra otros para no conectar los circuitos de radio. Pero lo más maravilloso que vio Conway fue el tenso tejido de la compuerta.

Había presión al otro lado.

Hendricks conectó la radio.

—Puede entrar, doctor —dijo—. Verificamos que es posible abrir la puerta. La presión aquí es aproximadamente ocho décimas partes de nuestra atmósfera.

No era mucho, pensó Conway, considerando que el superviviente debía estar habituado a cinco G y a una presión atmosférica correspondiente. Hizo votos para que el superviviente no hubiera sucumbido.

—Lleve rápidamente una muestra de aire a Kursedd —dijo Conway—. Y necesito cuatro hombres de reserva junto al transbordador. Es probable que necesite equipo especial para sacar de aquí al superviviente, y creo que tendremos que traerlo rápidamente.

Entró con Hendricks en la pequeña compuerta de aire. El teniente comprobó las escotillas, accionó los controles manuales y se enderezó. Un crujido en el traje de Conway le indicó que la presión subía a medida que el aire salía del compartimento. Era un aire límpido y no la ultraespesa niebla que previera Kursedd. La puerta estanca se abrió.

—No entre hasta que yo le llame —dijo Conway con voz calmada. Entró. A sus auriculares llegó un gruñido de asentimiento de Hendricks.

La primera visión de un nuevo tipo fisiológico era siempre motivo de confusión para Conway; se produjo un instante de silencio mientras todos aguardaban sus palabras describiendo a la criatura.

—¡Conway! —gruñó finalmente O'Mara—. ¿Acaso se ha dormido?

Conway recordó que O'Mara, Summerfield y algunas otras personas seguían conectadas a su radio. Carraspeó y empezó a decir:

—La criatura tiene forma de anillo. Parece como un gran neumático. El diámetro exterior es aproximadamente de dos metros y medio, con un grosor de sesenta o noventa centímetros. Su masa parece ser cuatro veces la mía. No veo movimiento ni indicios de grandes daños físicos.

Inspiró profundamente, y prosiguió:

—La piel es suave, brillante y gris en los lugares donde no está cubierta por una incrustación densa y amarillada. Esta incrustación se extiende por más de la mitad del área y parece cancerosa, aunque puede ser un camuflaje natural. O tal vez el resultado de una severa descompresión.

»La superficie externa del anillo contiene una doble hilera de cortos tentáculos, ahora doblados contra el cuerpo. Hay cinco pares, pero no se ven indicios de especialización. No puedo distinguir órganos visuales ni digestivos. Voy a ver desde más cerca.

Al acercarse a la criatura no hubo ninguna reacción, y pensó que había llegado demasiado tarde. Continuaba sin descubrir ninguna señal de ojos o boca, pero veía pequeñas aberturas semejantes a branquias, así como algo parecido a un oído. Extendió la mano y tocó uno de los miembros doblados contra el cuerpo.

La criatura pareció estallar.

Conway fue lanzado contra el suelo, con el brazo insensible por el golpe recibido. De no vestir un traje de servicio pesado, seguramente se hubiera roto la muñeca. Graduó los controles de su cinturón gravitatorio de modo que lo mantuviera sujeto al suelo, y comenzó a retroceder hacia la puerta. Atontado, dijo a través del micrófono:

—Uh... He comprobado que el paciente está vivo...

Hendricks lanzó una especie de gemido sofocado.

—No creo que haya visto en mi vida algo más vivo que esto...

—¡Ustedes dos, hablen juiciosamente! —gruñó O'Mara—. ¿Qué ha ocurrido?

Era una pregunta difícil de responder. La criatura rodaba y saltaba por el compartimento. El contacto físico había desencadenado una reacción de pánico, y aunque Conway hubiera sido la causa del primero, ahora todos los que se producían —con las paredes, el suelo o los restos que flotaban por el compartimento— conducían al mismo resultado. Cinco pares de miembros fuertes y flexibles batían en un radio de unos sesenta centímetros.

Conway consiguió alcanzar la compuerta portátil de aire en el mismo momento en que una

feliz conjunción de circunstancias llevó a la criatura a flotar, impotente, en medio del compartimento, girando lentamente como una de las antiguas estaciones espaciales.

Ignorando por el momento a O'Mara, Conway dijo:

—Necesitamos una red fina, tamaño cinco, una envoltura de plástico y un grupo de bombas. En el presente estado no podemos esperar ninguna cooperación de la criatura. Kursedd, ¿qué dice el análisis?

La respuesta tardó tanto que Conway llegó a suponer que el enfermero había perdido el contacto, pero finalmente su voz átona y sin emoción respondió:

—Está listo. La composición del aire en el compartimento del superviviente es tal, que si lo desea puede usted quitarse el casco, doctor, y respirar a sus anchas.

Y esto, pensó Conway asombrado, es la mayor de todas las contradicciones. Kursedd debía estar tan sorprendido como él. Empezó a pensar en cuál de las salas tendrían que meterlo *ahora...*

IV

Seis horas más tarde, y aunque luchó sin descanso por impedirlo, el superviviente fue transferido a la Sala 310 B, una pequeña sala de observaciones anexa a la sala principal de cirugía DBLF. Conway ya no sabía si debía restaurar la salud del enfermo o matarlo, y por los comentarios de Kursedd y del Monitor, ambos pensaban lo mismo. Conway hizo un examen preliminar —tan completo como le fue posible, teniendo en cuenta la presencia de la red—, y acabo por extraer muestras de sangre y piel. Las envió a Patología, con etiqueta rojas de Urgencia Máxima. Kursedd las llevó personalmente. Finalmente ordenó que tomasen radiografías, puso el enfermo en manos de Kursedd, y fue a hablar con O'Mara.

Cuando terminó, O'Mara dijo:

—Lo más difícil ya lo ha hecho. Pero espero que querrá ir hasta el fin...

—No sé —respondió Conway.

—Si no lo desea, dígalo. No me gustan las medias tintas.

Conway se rascó la nariz y, lenta y con una exagerada vocalización, puntualizó:

—Quiero continuar con el caso. La duda que tengo no es debida a mi incapacidad de decisión al respecto, sino a su equivocada convicción de que lo peor ya ha pasado. No es así. Hice un examen preliminar y, cuando conozca los resultados de los análisis, intentaré hacer otro más completo, quizá mañana. Me gustaría contar entonces con la presencia de los doctores Mannon y Prilicla, del coronel Skempton, y de la suya.

O'Mara enarcó las cejas.

—Una extraña selección de talentos, doctor —dijo—. ¿Le importa que le pregunte lo que espera de nosotros?

Conway agitó la cabeza.

—Aún es pronto.

—Muy bien. Estaremos allí. Ahora vaya a dormir un poco, doctor, antes de que empiece a humearle la cabeza...

Solo en aquel momento se dio cuenta Conway de lo cansado que estaba.

A la mañana siguiente, Conway pasó dos horas con el paciente antes de convocar la reunión que le había solicitado a O'Mara. Todo lo que había descubierto, que no era mucho, señalaba que nada constructivo podía realizarse en relación con el alienígena sin una ayuda muy especializada.

El doctor Prilicla fue el primero en llegar. O'Mara y el coronel Skempton aparecieron juntos. El doctor Mannon llegó más tarde, casi corriendo, tropezó, y dio dos lentas vueltas alrededor del paciente.

—Parece una argolla —dijo—. Una argolla cubierta de mejillones. Todos miraron hacia él.

—No son tan simples e inofensivas como eso —dijo Conway—. Se trata de excrescencias que el personal de Patología afirma que tienen todos los indicios de ser malignas. Y si observa las radiografías verá que no es una argolla, sino una criatura con una anatomía muy normal, de tipo DBLF... con un cuerpo cilíndrico y huesos livianos, junto con una fuerte musculatura. Da la impresión de tener la forma de un anillo debido a que, no sabemos por qué, está intentando engullir su propia cola.

Mannon miró hacia la pantalla luminosa donde estaban clavadas las radiografías.

—Eso es un auténtico círculo vicioso —exclamó.

—Los tumores —prosiguió Conway— son más numerosos en el lugar donde se unen la boca y la cola. Están tan juntos que parecen uno solo. Es posible que su crecimiento sea doloroso, o al menos muy irritante, y puede producir una comezón intolerable, lo cual explicaría el hecho de que la criatura se esté mordiendo su propia cola. Por otro lado, puede tratarse de una contracción muscular involuntaria, una especie de espasmo epiléptico...

—Prefiero la segunda idea —dijo Mannon—. Pero si la dolencia ha progresado de la boca a la cola, o viceversa, es necesario que los maxilares hayan permanecido cerrados en esta posición durante mucho tiempo.

Conway asintió con la cabeza.

—A pesar del equipo de gravedad artificial existente en los restos de la nave —dijo—, he llegado a la conclusión de que las necesidades de aire, presión y gravedad del paciente son muy semejantes a las nuestras. Esa especie de branquias en la parte de atrás de la cabeza, aún no alcanzadas por los tumores, son orificios respiratorios. Las aberturas más pequeñas, cubiertas parcialmente por membranas musculares, son los oídos. Así pues, el paciente puede oír y respirar, pero no comer. ¿Están de acuerdo conmigo en que lo primero que hay que hacer es liberar su boca?

Mannon y O'Mara asintieron. Prilicla abrió sus cuatro manipuladores en un gesto que significaba lo mismo, y el coronel Skempton miró obstinadamente al techo, preguntándose a sí mismo qué estaba haciendo allí. Conway se lo dijo inmediatamente.

Mientras Mannon y Conway procedían a la operación, el coronel y el doctor Prilicla cuidarían de las comunicaciones. Usando su facultad empática, el GLNO aguardaría una reacción, mientras un par de técnicos del Traductor de Skempton realizarían ensayos de sonido. Cuando la gama de audición del paciente fuese conocida, un Traductor sería modificado para que la criatura pudiera ayudarles en la diagnosis y tratamiento de sus males.

—Aquí ya hay gente de más —dijo el coronel—. Me encargaré yo personalmente de ello. —Se dirigió al intercomunicador, y pidió el material que necesitaba.

Conway se giró hacia O'Mara.

—Déjame adivinarlo —dijo el psicólogo antes de que Conway hablara—. Tengo el trabajo más sencillo... el de calmar al paciente tan pronto como podamos hablar con él, y convencerle de que ustedes, aunque sean carniceros, no van a hacerle ningún daño.

—Exacto —dijo Conway con una sonrisa. Y regresó de nuevo junto al paciente.

Prilicla dijo que la criatura no daba muestras de captar la presencia de ellos, y que su misión emocional era tan débil que sugería que estaba simultáneamente inconsciente y totalmente agotado. A pesar de ello, Conway aconsejó que nadie lo tocara.

Conway había visto en su vida muchos tumores malignos, pero aquel los excedía todos.

Parecía corcho fibroso, y cubría por completo la unión entre la boca del paciente y la cola. Por otro lado, para complicar aún más el problema, la estructura ósea del maxilar, que iba a ser su mayor preocupación durante la operación, no se veía bien porque el adenoma era casi opaco a los rayos X. Los ojos de la criatura estaban también bajo la espesa y oscura erupción, lo cual era otro motivo para que actuaran con extremado cuidado.

Mannon señaló la confusa imagen en el visor y dijo con vehemencia:

—No está precisamente rascándose. Tiene los dientes cerrados... ¡como si se hubiera cortado la cola a dentelladas! Sin duda se trata de un acto de epilepsia. O una consecuencia de una grave perturbación mental.

—*¡Oh, Dios!* —dijo O'Mara con disgusto.

Llegó el equipo de Skempton, y Prilicla y el coronel empezaron a calibrar el Traductor para el enfermo. Como este se hallaba casi inconsciente, los ensayos de sonidos tenían que poseer una intensidad capaz de derretir el cerebro a cualquiera, y Mannon y Conway tuvieron que salir de la sala para proseguir su cambio de impresiones.

Media hora más tarde, Prilicla apareció y dijo que ya podían hablarle al paciente, pero que este parecía estar apenas parcialmente consciente. Regresaron a la sala y se encontraron con O'Mara diciendo, a través del Traductor, que todos ellos era amigos de la criatura, que sentía una gran simpatía por ella y que harían todo lo que fuera posible por ayudar.

En los intervalos entre las frases, Prilicla iba dando información acerca del estado mental del enfermo.

—Confusión, cólera, gran miedo —iba diciendo la voz del GLNO. La intensidad y el tipo de la radiación se mantenía constantes. Conway decidió pasar a la fase siguiente.

—Avísele de que vamos a llevar a cabo un contacto físico —le dijo a O'Mara—. Que pedimos disculpas por las molestias que esto le pueda causar, pero que no pretendemos hacerle ningún mal.

Tomó una sonda larga y puntiaguda y tocó suavemente con ella el área donde el tumor era más espeso. El GLNO no detectó ninguna reacción. Aparentemente, era tan sólo en el área no afectada por el mal donde cualquier contacto le dolía al paciente. Conway tuvo la impresión de que finalmente estaban llegando a algún sitio.

Desconectando el Traductor del paciente, dijo:

—Imaginaba ya algo así. Si las áreas afectadas son indoloras podremos, con la cooperación del paciente, cortarlas hasta liberar su boca sin utilizar un anestésico. Como todavía no sabemos lo suficiente sobre su metabolismo para anestesiarlo sin riesgo de matarlo, este es el único camino que podemos seguir. —Súbitamente, le preguntó a Prilicla—: ¿Tiene la seguridad de que oye y comprende lo que le estamos diciendo?

—Sí, doctor —dijo el GLNO—. Siempre que hablemos lentamente y sin ambigüedades.

Conway conectó nuevamente el Traductor y dijo:

—Vamos a ayudarlo. Primero intentaremos devolverlo a su posición, natural, liberando su boca, y luego extirparemos esos tumores...

Bruscamente, la red que contenía al paciente casi resultó rota cuando cinco pares de tentáculos la azotaron fuertemente. Conway saltó hacia atrás, maldiciendo.

—Miedo y cólera —dijo Prilicla. Y añadió—: La criatura... parece tener razones para reaccionar así.

—*¿Pero por qué?* ¡Estoy intentando ayudarlo!

La lucha del paciente alcanzó una violencia increíble. El frágil cuerpo de Prilicla se estremecía bajo la oleada de emociones que le llegaba de la mente del superviviente. Uno de los tentáculos —que surgían del área de tumores— se enganchó en la red y fue arrancado de raíz.

Qué ciego e irrazonado pánico, pensó Conway, irritado. Incluso la mente de la criatura trabajaba de modo contradictorio.

—Miedo, cólera, odio —dijo el GLNO—. Diría que no quiere de ningún modo nuestra ayuda.

—Sin duda nos enfrentamos ante una criatura muy enferma —dijo O'Mara.

Aquellas palabras crearon un eco intenso y prolongado en la mente de Conway, que persistió durante un largo momento. Y su significado era muy preciso. O'Mara, por supuesto, se había referido a las condiciones mentales del paciente, pero sus alcances podían ser mucho más amplios. Una criatura muy enferma... aquella era la pieza clave del rompecabezas, y las cosas empezaban a ordenarse a su alrededor. El conjunto era aún incompleto, pero lo

suficientemente claro como para hacer que Conway se estremeciera de una forma más horrible de lo que nunca se hubiera estremecido en su vida.

Cuando habló casi no reconoció su propia voz.

—Muchas gracias, señores. Tengo que pensar en otra manera de enfrentar el problema. Luego hablaremos...

Todos miraron hacia él con sorpresa, preocupación y embarazo. Muchos pacientes se resistían al tratamiento destinado a ayudarlos, pero eso no significaba que el médico dejase de tratar un caso a la primera señal de resistencia. Era evidente que pensaban que tenía miedo de embarcarse en una operación que prometía ser larga, desagradable y técnicamente difícil. Intentaron ayudarlo. Incluso Skempton hizo sugerencias.

—...si un anestésico seguro es su principal problema —dijo el coronel—, no es imposible que Patología consiga uno, a partir de un espécimen muerto o... herido. Recuerdo la búsqueda en que pensó usted primero. Creo que, a fin de cuentas, tenga razón. Debo...

—¡No!

Ahora lo miraban seriamente. O'Mara, en particular, tenía una expresión muy atenta. Conway dijo apresuradamente:

—Olvidé decirles que Summerfield habló de nuevo conmigo. Dice que las investigaciones en curso demuestran que el pecio, lejos de ser la parte que quedó en mejor estado, debe ser la que sufrió más con el accidente. La otra parte debe haber conseguido alcanzar el punto de destino. Por lo tanto, la búsqueda no daría resultado.

No era exactamente la verdad. Era apenas una opinión de Summerfield. Pero Conway incluso sentía sudores fríos al pensar en lo que representaba el envío de toda una fuerza de Monitores en una búsqueda por aquella región del espacio.

El coronel cambió de tema. Conway se calmó y dijo inmediatamente:

—Doctor Prilicla, me gustaría discutir con usted acerca del estado emocional del paciente durante los últimos minutos, un poco más tarde. Muchas gracias, señores, por su consejo y ayuda...

Era lo mismo que despedirles, y las expresiones de todos ellos demostraron que lo habían entendido así, pero Conway no se preocupó por ello. Cuando salían, le dijo a Kursedd que examinara visualmente al paciente cada inedia hora y que lo llamara si se producía alguna alteración. Luego se dirigió hacia sus aposentos.

V

Conway había protestado muchas veces del hecho de que fuera tan pequeño el espacio donde dormía, guardaba sus pocas posesiones y de tarde en tarde recibía algunos amigos, pero ahora esta pequenez era reconfortante. Se sentó, porque no había espacio para pasear, y comenzó a desarrollar la idea que había acudido a su mente.

Realmente, todo había estado ya en su cabeza desde el principio. Primero habían sido las parrillas gravitatorias. Estúpidamente, había ignorado el hecho de que no necesariamente debían ser ajustadas para que funcionaran a toda su potencia, pudiendo ser reguladas de cero a cinco G. Y había también el sistema de abastecimiento de aire, confuso porque no había comprendido que había sido concebido para distintas formas de vida en vez de para una. Y había también el estado físico del superviviente y el color del casco: un naranja brillante, atrayente, dramático. Las naves terrestres de aquel tipo —e incluso los vehículos de superficie— eran tradicionalmente de color blanco.

El pecio pertenecía a una nave ambulancia.

Pero las naves interestelares eran producto de una cultura técnica avanzada, que debía cubrir muchos sistemas solares. Y cuando una cultura alcanzaba el punto en que las naves

poseían un grado de especialización y simplificación como el que se registraba allí, entonces se trataba de una especie realmente avanzada. En la Federación Galáctica sólo las culturas Illensa, Traltha y Terra habían alcanzado ese nivel, y sus esferas de influencia eran tremendas. ¿Por cuánto tiempo podía permanecer ignorada una cultura de aquel tamaño.

Conway se agitó en el sofá. También poseía la respuesta a esa pregunta.

Summerfield había dicho que la parte de la nave que habían encontrado era la más maltratada, y que la otra debía haber proseguido su camino hasta la base de reparaciones más próxima. La nave venía de un planeta señalado como deshabitado. Pero en los últimos cien años alguien podía haber instalado allí una base, incluso una colonia. Y la ambulancia venía de ese mundo y se dirigía al espacio intergaláctico...

Una cultura proveniente de otra galaxia que instalara una colonia en la periferia de aquella debía ser tratada con mucho respeto. Y cuidado. En especial cuando su único representante conocido no podía en modo alguno ser considerado como amable. Ya la especie del superviviente, estando ciertamente muy avanzada en el plano médico, no le gustaría de ninguna manera que alguien tratase de modo incorrecto a uno de sus enfermos. Por lo que era posible ver, no se trataba de criaturas capaces de ver las cosas de una manera tolerante.

Una guerra intergaláctica era logísticamente imposible. Pero eso no se aplicaba a las simples guerras de aniquilamiento, donde las atmósferas planetarias eran hechas estallar o convertidas en inútiles para siempre, sin ninguna posibilidad de ocupación o asimilación futura. Recordando su último contacto con el paciente, Conway se preguntó a sí mismo si no habrían encontrado finalmente una especie completamente enemiga y malévola.

El comunicador zumbó de pronto. Era Kursedd, diciendo que el paciente había permanecido calmado durante la última hora, pero que los tumores se habían extendido rápidamente, y amenazaban con cubrir una de las aberturas respiratorias de la criatura. Conway dijo que iría inmediatamente. Telefonó al doctor Prilicla y se sentó de nuevo.

Por otro lado existía la posibilidad de que el paciente fuera un ejemplo atípico... un caso de dolencia mental, como había sugerido O'Mara. Pero Conway dudaba de que los alienígenas consideraran eso como una disculpa para su incapacidad de curarlo. Y por otra parte el paciente tenía razones lógicas para temer y odiar a la persona que lo pretendía ayudar. Por un momento, Conway pensó si habría algo semejante a una mente contraterrena, una mentalidad en quien el deseo de ayudar produjese sentimientos de odio en lugar de gratitud. Incluso el hecho de haber sido hallado en una ambulancia no representaba nada. Para las personas como él, el concepto de una ambulancia tenía implicaciones altruistas. Pero muchas especies, incluso dentro de la propia Federación, tendían a considerar las dolencias como una simple falta de eficiencia física que debían ser corregidas como tales.

Cuando salió de su cuarto, Conway no tenía la menor idea de cómo tratar a su enfermo. Ni sabía lo que hacer, ni tenía mucho tiempo para hacer algo. En aquel momento, el capitán Summerfield, Hendricks y los demás que investigaban el pecio estaban demasiado intrigados por todos los enigmas con que se topaban como para pensar en cualquier otra cosa. Pero no tardarían en llegar finalmente a las mismas conclusiones a las que había llegado Conway.

Entonces el Cuerpo de Monitores no tardaría en establecer contacto con las criaturas, las cuales por cierto querrían saber lo que le había ocurrido a su hermano enfermo, y este, en aquel momento, debería estar ya curado o en tratamiento...

Si no ocurría otra cosa.

El pensamiento que Conway intentaba desesperadamente evitar era: *¿Y si él paciente moría?*

Antes de comenzar el siguiente examen, preguntó a Prilicla cuál era el estado emocional del paciente, pero no pudo averiguar nada nuevo. La criatura estaba ahora inmóvil y prácticamente inconsciente. Cuando Conway a través del Traductor registró miedo, aunque Prilicla dijo que estaba comprendiendo todo lo que le decía.

—No le haré ningún mal —dijo lentamente Conway—. Sin embargo, es necesario que le toque. Por favor, crea en mí. No quiero hacerle daño... —miró hacia Prilicla.

—Miedo... e importancia —respondió el GLNO—. También una aceptación mezclada con amenazas... no... advertencias. Aparentemente, cree en lo que usted le está diciendo, pero intenta avisarle de algo.

Eso era más alentador. Conway se acercó y tocó suavemente a la criatura, con su enguantada mano, en una de las áreas no afectadas de la piel.

Gimió ante la sacudida que estuvo a punto de dislocarle el brazo. Retrocedió, sujetándose el brazo lastimado, y desconectó el Traductor para decir sin inhibiciones lo que estaba pensando.

Tras una respetuosa pausa, el GLNO dijo:

—Hemos obtenido un dato muy importante, doctor Conway. Pese a la reacción física, los sentimientos del paciente hacia usted son exactamente los mismos que antes de haberle tocado.

-¿Y?

—Eso significa que la reacción fue involuntaria.

Conway meditó unos instantes.

—Eso significa también que no podemos usar un anestésico general —dijo—, aunque dispusiéramos de él, porque el corazón y los pulmones también utilizan músculos involuntarios. Es otra complicación. No podemos dormirlo y él no puede cooperar... —Se dirigió al panel de controles de la sala y pulsó varios botones. Las pinzas que cerraban la red se abrieron, y la red fue retirada por un brazo mecánico. Explicó—: Se está haciendo daño con esa red. Ya casi perdió otro apéndice.

Prilicla protestó, diciendo que ahora que el enfermo se podía mover libremente, era mucho más probable que se acusaran daños. Conway respondió que, en la posición en que se encontraba, poco se podría mover. Y, pensándolo bien, concluyó que la posición correspondía a una actitud perfectamente defensiva de la criatura. Recordó que los gatos, en la Tierra, se echaban al suelo para poder luchar con las garras de sus cuatro patas. La criatura tenía los diez tentáculos girados hacia afuera: era como un gato de diez patas.

Y las reacciones involuntarias de aquel tipo eran producto de la evolución. ¿Pero por qué tenía que adoptar la criatura una posición defensiva y hacer imposible cualquier aproximación, en un momento en el que necesitaba de la mayor ayuda?

Repentinamente, se hizo una gran luz en el cerebro de Conway. Sabía cuál era la respuesta. O, al menos, tenía un noventa por ciento de seguridad en ello.

Todos habían tejido hipótesis equivocadas desde el principio. La nueva teoría se basaba en que ellos habían partido de un postulado erróneo, único, simple y básico. Tomando eso en consideración, la hostilidad, la posición física y el estado mental del paciente podía ser explicados. Y hasta se comprendía cuál era el tratamiento posible. Mejor aún: daba a Conway razones para pensar que el paciente no pertenecía a una raza tan malévola y hostil como su comportamiento daba a entender.

El único problema que presentaba la nueva teoría era que también podía ser errónea.

El entusiasmo inicial se disipó. Otra dificultad era que no podía discutir el posible tratamiento con otra persona. Hacer eso equivaldría a la despromoción, e insistir en aplicarla conduciría a su dimisión del Hospital en el caso de que el paciente muriera. El asunto era muy serio.

Conway se acercó nuevamente al enfermo y conectó el Traductor. Antes de hablar, sabía cuál era la reacción que iba a provocar, y que sus palabras correspondería a un acto de crueldad, pero tenía que comprobar su teoría.

—No se preocupe, joven amigo —dijo—. Lo devolveremos inmediatamente a su antigua forma...

La reacción fue tan violenta que el doctor Prilicla, cuya facultad empática lo llevaba a sentir todo lo que el enfermo sentía, tuvo que abandonar la sala.

Sólo entonces tomó finalmente Conway su decisión.

Durante los tres días que siguieron, Conway visitó regularmente al enfermo. Anotó cuidadosamente las mediciones del crecimiento de la costra fibrosa que ahora cubría los dos tercios del cuerpo del paciente. No había la menor duda de que el crecimiento era cada vez más rápido, y la costra se hacía cada vez más espesa. Envió muestras a Patología, que informó que el paciente parecía sufrir una forma peculiar y particularmente virulenta de cáncer de la piel, y preguntó si era posible usar radiaciones o cirugía curativa. Conway informó que en su opinión ni una cosa ni otra eran admisibles sin grave peligro para el paciente.

Lo más constructivo que hizo durante aquel tiempo fue dar órdenes para que nadie contactase con el enfermo a través del Traductor o intentase reconfortarle, fuera del modo que fuese. Pero la mayor parte de su tiempo fue consumida intentando convencerse a sí mismo de que estaba haciendo exactamente lo que debía hacer.

Conway procuraba evitar al doctor Mannon desde el examen inicial. No quería que su viejo amigo discutiese el caso con él, porque Mannon era demasiado experto para ser engañado, y Conway no quería decirle la verdad ni siquiera a él. Pensó que sería ideal que el capitán Summerfield se mantuviera tan aferrado a los restos de la nave que no se diera cuenta de que dos más dos hacían cuatro, que O'Mara y Skempton se olvidaran de su existencia y que Mannon mantuviera sus narices fuera del asunto.

Pero no iba a ser así.

El doctor Mannon estaba aguardándolo en la sala en su segunda visita matinal, al quinto día. Pidió autorización a Conway para ver al paciente.

—Oiga, muchacho —le dijo sin rodeos—. Estoy harto de verle mirar para el suelo y para el techo cada vez que paso por ahí. Si no tuviera la piel tan dura como la de un tralthan me sentiría ofendido. Es cierto que los Jefes recién promovidos se juzgan los señores del mundo durante las primeras semanas, pero su reciente comportamiento ha sido muy grosero.

Levantó una mano cuando Conway iba a responder, y prosiguió:

—Acepto sus disculpas. Vayamos ahora a lo que interesa. Hablé con Prilicla y con el personal de Patología. Me dijeron que la costra cubre ahora todo el cuerpo, que es opaca a los rayos X de intensidad no perjudicial, y que el funcionamiento de los órganos internos del paciente apenas puede ser detectado. Usted no puede cortar la costra bajo anestesia porque la pluralización de los apéndices implicaría también la del corazón. Y la operación es imposible con esos miembros actuando como auténticos látigos. Al mismo tiempo, el paciente está debilitándose, y así continuará hasta que pueda ser alimentado, lo cual no se puede efectuar hasta que su boca sea liberada. Para complicar aún más el problema, sus últimas muestras indican que la costra está extendiéndose rápidamente hacia el interior, y hay indicios de que si la operación no es realizada rápidamente, la boca y la cola se fundirán. ¿Es o no es así?

Conway asintió con la cabeza.

Mannon suspiró y dijo:

—Suponga que amputa usted los miembros y retira la costra de la cabeza y la cola, sustituyendo la piel con un sintético apropiado. Una vez el paciente pueda alimentarse, no tardará en tener fuerzas suficientes para que el proceso sea repetido en el resto de su cuerpo. Es un procedimiento drástico, lo confieso. Pero al parecer es el único capaz de salvarle la vida al paciente. Y siempre hay la posibilidad de injertar miembros artificiales...

—¡No! —dijo Conway violentamente. Por el modo como lo miró Mannon comprendió que había palidecido. Si su teoría en relación con el paciente era correcta, cualquier operación en aquel momento sería fatal. Y si no lo era... si el paciente era lo que parecía ser —malévolo, deformado e implacablemente hostil— y sus amigos aparecían en su busca...

Con voz más calmada, Conway dijo:

—Supongamos que un amigo de usted, con una mala dolencia en la piel, fuera encontrado por un doctor extraterrestre, y que lo único que este creyera posible hacer fuera desollarlo vivo y cortarle las piernas y los brazos. Cuando usted lo encontrara, se pondría furioso. Incluso teniendo en cuenta el hecho de que es una persona civilizada, tolerante y preparada para todo lo que pudiese ocurrir... lo cual no es el caso de nuestro paciente... apuesto a que su reacción sería infernal.

—No es una analogía correcta, y usted lo sabe bien —gruñó Mannon—. A veces tenemos que arriesgarnos. Y este es uno de tales casos.

—No.

—¿Tiene alguna idea mejor?

Conway permaneció silencioso unos momentos.

—Tengo una idea de lo que pienso hacer —dijo—, pero aún no quiero discutirla. Si resulta, usted será el primero en saberlo. Y si no resulta, todo el mundo lo sabrá.

Mannon se alzó de hombros y se marchó. Al llegar a la puerta se detuvo y dijo:

—Debe ser una cosa terrible para usted el mantener un secreto de estos. Pero recuerde que, si me llama y las cosas salen mal, la responsabilidad será de los dos.

Así habla un verdadero amigo, pensó Conway. Por un instante pensó en contárselo todo. Pero el doctor Mannon era un verdadero Médico Jefe, que hacía de su profesión una auténtica cuestión de honor, y probablemente no hubiera comprendido sus motivaciones. Prefirió callar.

Tristemente, agitó la cabeza.

VI

Conway regresó junto al enfermo. Visualmente, seguía pareciendo una argolla ...pero una argolla reseca y fosilizada por el paso de siglos y siglos. Tuvo que recordarse a sí mismo que solo había pasado una semana desde que el paciente fuera admitido. Los cinco pares de miembros, que comenzaban a ser afectados por la progresión de la costra, se proyectaban rígidamente en varias direcciones, como las ramas petrificadas de un árbol podrido. Observando que la costra podía llegar a cubrir las aberturas respiratorias, Conway colocó en ellas sondas huecas para mantener libre el paso del aire. Las sondas obtuvieron el efecto deseado, pero la respiración se hizo más lenta y menos intensa. El estetoscopio indicaba que los latidos del corazón eran más débiles, pero más rápidos.

La indecisión hacía sudar a Conway.

Anotó los ritmos cardíacos y respiratorios, y concluyó que debía visitar más a menudo al enfermo. Además, Prilicla, que por aquel entonces tenía mucho que hacer en Maternidad, debería acompañarle.

Kursedd lo observó intensamente cuando salió de la sala. Conway había notado ya una cierta frialdad por parte de algunos enfermeros jefes de su sección. Sin embargo, con un poco de suerte, sus superiores tardarían aún algunos días en saber lo que ocurría.

Tres horas más tarde estaba de vuelta a la 310B con el doctor Prilicla. Examinó el corazón y la respiración del enfermo, mientras el GLNO sondeaba la radiación emocional.

—Está muy débil —dijo Prilicla—. La vida está presente, pero tan débil que la criatura no tiene constancia de sí misma. Considerando la respiración casi inexistente y la aceleración de las pulsaciones...

—Los sustos que le dimos intentando reconfortarlo no lo ayudaron —dijo Conway—. No podía comer, y nosotros le hicimos gastar reservas de energía que iba a necesitar desesperadamente. Pero tenía que protegerse...

—¿Qué? ¡Nosotros lo estábamos protegiendo!

—Evidentemente —dijo Conway en tono sarcástico. Iba a continuar el examen cuando se

produjo una repentina interrupción.

El ser cuyo enorme cuerpo rozó los lados y el alto de la puerta al entrar era un tralthan, clasificación fisiológica FGLI. Conway tenía una cierta dificultad en diferenciar a los nativos tralthan los unos de los otros, pero conocía a aquel. Era Thornnastor, el Diagnosticador Jefe de Patología.

El Diagnosticador dobló dos de sus ojos en dirección a Prilicla y gruñó:

—Salga, por favor. Y usted también, enfermero. —Luego giró sus cuatro ojos hacia Conway—. Quiero hablar con usted a solas, porque algunos de los comentarios que debo hacerle se refieren a su conducta profesional en este caso, y no quiero violentarlo con una censura pública. De todos modos, quiero darle una buena noticia. Conseguimos un remedio contra el mal de la criatura. No solamente impide que la costra se extienda, sino que también ablanda las áreas ya afectadas y regenera los tejidos y la red sanguínea correspondiente.

«¡Oh, *demonios!*», pensó Conway. Pero dijo:

—Es una noticia estupenda —y lo era.

—Eso no hubiera sido posible si no hubiéramos enviado un médico a los restos de la nave, con órdenes de remitirnos todo cuanto pudiese darnos algo de luz sobre el metabolismo del enfermo —prosiguió el Diagnosticador—. Aparentemente, doctor, usted olvidó por completo esa fuente de información; fue una negligencia, y sólo su trabajo anterior impide que sea inmediatamente despromovido y retirado de este caso...

»Pero nuestro éxito fue debido principalmente a lo que parece ser un excelente botiquín médico. El estudio de su contenido, así como otras informaciones referentes al equipo de la nave, nos llevó a la convicción de que esta debía ser una especie de ambulancia. Los oficiales del Cuerpo de Monitores se mostraron muy excitados cuando les dijimos eso...

—¿Cuándo fue? —preguntó Conway—. ¿Cuándo les dijeron que era una nave ambulancia?

—El interés de eso es secundario para usted —dijo Thornnastor, retirando de su maletín un gran frasco con un revestimiento acolchado—. Su principal interés debe ser el enfermo. Necesitará usted una buena cantidad de este líquido. Lo estamos sintetizando con toda la rapidez que nos es posible, pero él que hay aquí tiene que ser suficiente para liberar el área de la cabeza y de la boca. Inyecte de acuerdo con las instrucciones. Necesita aproximadamente una hora para actuar.

Conway levantó cuidadosamente el frasco. Intentando ganar tiempo, preguntó:

—¿Y los efectos a largo plazo? No estoy dispuesto a arriesgar...

—¡Doctor! Me parece que está tomando usted tantas precauciones que se están volviendo estúpidas y criminales. —El Traductor no tradujo las emociones del Diagnosticador, pero el modo como salió Thornnastor de la sala fue bastante elocuente.

Conway tenía en su mano el frasco cuyo contenido haría ciertamente todo cuanto el Patólogo Jefe había dicho... curar el mal que parecía afligir al paciente. Conway vaciló un instante, y luego decidió mantenerse aferrado a la decisión que tomara días antes. Guardó el frasco antes de que regresara Prilicla.

—Óigame con mucha atención antes de decir lo que sea —dijo Conway—. No quiero ninguna discusión sobre mi conducta en este caso, doctor. Creo que sé lo que estoy haciendo, pero si estuviera equivocado y usted me apoyara su reputación profesional saldría perjudicada, ¿comprende?

Las seis piernas extremadamente delgadas de Prilicla se estremecieron mientras Conway hablaba, no a causa de las palabras que pronunciaba, sino debido a las emociones irradiadas tras ellas.

—Comprendo —dijo Prilicla.

—Muy bien. Ahora volvamos al trabajo. Quiero que verifique conmigo el pulso y la respiración, así como la radiación emocional. Debe producirse una variación dentro de poco,

y no quiero perderla.

Durante dos horas escucharon y observaron cautelosamente al enfermo, sin notar en él ninguna alteración. En un determinado momento Conway dejó el control a cargo de Prilicla y Kursedd e intentó entrar en contacto con el coronel Skempton. Pero supo que el coronel había partido apresuradamente hacía tres días y había dejado las coordenadas espaciales de su destino. Era imposible entrar en contacto con una nave, a través de distancias interestelares, mientras esta se hallaba en movimiento. El mensaje del doctor debería esperar hasta que el coronel llegase a su destino.

Así pues, era ya demasiado tarde para evitar que el coronel entrara en contacto con los alienígenas. Lo único que cabía hacer era «curar» al paciente.

Si le dejaban...

El anunciador de la pared dijo:

—Doctor Conway, preséntese inmediatamente en el despacho del mayor O'Mara —Thornnastor no debía haber perdido tiempo en presentar una queja contra él. En aquel mismo momento, Prilicla informó:

—La respiración casi se ha extinguido. El corazón late irregularmente.

Conway tomó el micrófono del intercomunicador y gritó:

—¡Aquí Conway! ¡Digan a O'Mara que estoy ocupado...!

Se giró hacia Prilicla, y dijo:

—Noté también eso. ¿Y las emociones?

—Más fuertes durante la pulsación irregular, pero ahora son nuevamente normales. Los registros son cada vez más débiles.

—Muy bien. Mantenga los oídos y la mente bien abiertos.

Conway tomó una muestra del aire expelido por uno de los orificios respiratorios y lo pasó por el analizador. Incluso teniendo en cuenta lo débil que era la respiración de la criatura, el resultado, al igual que el de los otros dos análisis realizados en las últimas doce horas, no daba lugar a dudas. Conway comenzó a sentirse más confiado.

—La respiración casi ha cesado —dijo Prilicla.

Antes de que Conway pudiera responder, O'Mara entró, furioso. Se detuvo a quince centímetros de Conway y dijo con voz peligrosamente calmada:

—¿En qué es en lo que está ocupado, doctor?

Conway casi estalló de impaciencia. Dijo en tono implorante:

—¿No puede esperar?

—No.

Conway sabía que nunca podría librarse del psicólogo sin explicar primero su conducta en los últimos minutos... y necesitaba estar libre de interferencias durante la siguiente hora. Se acercó al paciente y, por encima del hombro, le resumió apresuradamente a O'Mara sus deducciones sobre la nave ambulancia y la colonia de donde viniera. Terminó pidiéndole al psicólogo que aconsejara a Skempton demorar su primer contacto hasta que se supiese algo más definido sobre el estado del paciente.

—Así que usted hacía ya una semana que sabía eso y no nos dijo nada —observó O'Mara—. Comprendo sus razones. Pero puede tener la certeza de que el Cuerpo está habituado a establecer primeros contactos. Tenemos gente preparada para ese tipo de cosas. Y sin embargo usted ha estado reaccionando como un avestruz... no hizo nada, y espera que el problema desaparezca. Ahora este problema, puesto que envuelve a una especie lo suficientemente avanzada como para atravesar el espacio intergaláctico, ya es demasiado grande para ser evitado. Tiene que ser resuelto inmediatamente, y de una manera positiva. Lo ideal sería que mostrásemos nuestra buena fe presentándoles al superviviente vivo y en buena salud...

La voz de O'Mara se endureció, y se le acercó tanto que Conway sintió su aliento en la nuca.

—... y eso nos trae de vuelta a nuestro paciente: la criatura que usted debía tratar... *¡Mire hacia mí, Conway!*

Conway se giró, pero solo después de asegurarse de que Prilicla se mantenía atento. Furioso, se preguntó a sí mismo por qué demonios todo ocurría al mismo tiempo, y no en fases sucesivas muy bien coordinadas.

O'Mara seguía hablando.

—En el primer examen, usted huyó a su cuarto antes de que pudiéramos llegar a ninguna conclusión. A mí eso me pareció un cierto miedo profesional. Pero me sentí tolerante. Después, el doctor Mannon sugirió un tratamiento que, aunque drástico, era no solo posible sino también enteramente indicado. Usted se negó a aceptarlo. Más tarde Patología sintetizó una droga que podría haber curado al enfermo en pocas horas... ¡y usted no quiso utilizar ni siquiera *eso!*

«Normalmente, no presto oídos a rumores ni intrigas. Pero cuando éstos se expanden y se vuelven insistentes, en particular entre el personal interno, que en general sabe lo que dice sobre los médicos, tengo que abrir los oídos. Se han hecho evidente que, pese a su constante observación del enfermo, de los frecuentes exámenes y de las numerosas muestras que envió a Patología, ¡no ha hecho usted nada por la criatura!

»Se está muriendo tan solo porque usted *finje* estar tratándola. Ha tenido usted tanto miedo de hablar que ha sido incapaz de tomar la más simple decisión...

—¡No! —protestó Conway. Mucho peor que las palabras era la expresión del rostro del mayor. Una expresión de furia, desprecio y profundo pesar.

—La cautela tiene sus límites, doctor —dijo O'Mara, casi tristemente—. A veces tenemos que ser audaces. Cuando se tiene que tomar una decisión arriesgada no se debe vacilar, y hay que mantenerla cueste lo que cueste...

—¡Por todos los infiernos! —exclamó Conway, furioso—. ¿Y que *crea* usted que estoy haciendo?

—¡Nada! ¡Absolutamente nada!

—¡Exactamente! —chilló Conway.

—La respiración ha cesado —dijo Prilicla calmadamente.

Conway se giró y pulsó el timbre llamando a Kursedd.

—¿Corazón? ¿Cerebro? —preguntó.

—Pulsación más rápida. Emociones un poco más fuertes.

Kursedd llegó, y Conway comenzó a dar órdenes como el tablero de una ametralladora. Necesitaba instrumental de la sala de operaciones DBLF adyacente. No eran necesarios antisépticos ni anestésicos, y Conway conectó con Patología, preguntando si podrían sugerir un coagulante seguro para el paciente, en caso de ser necesaria alta cirugía. Podrían, y dijeron que lo enviarían en unos minutos. Cuando desconectó el intercomunicador, O'Mara dijo:

—Esta frenética actividad no prueba nada. El paciente dejó de respirar. Si no está muerto ha entrado en coma profundo, de modo que no veo la diferencia. La culpa es suya. Dios le ayude, doctor. Nadie más va a ayudarlo.

Conway agitó distraídamente la cabeza.

—Puede ser que tenga usted razón, pero estoy casi seguro de que no morirá. No puedo explicarle nada ahora, pero puede ayudarme contando con Skempton y diciéndole que no se apresure en esa colonia alienígena. Necesito tiempo, y no sé cuánto...

—Usted no sabe cuándo debe desistir —dijo furiosamente O'Mara, pero se dirigió hacia el intercomunicador. Mientras establecía la conexión, Kursedd apareció con el instrumental. Conway se situó en el lugar más conveniente y luego dijo por encima del hombro a O'Mara:

—Hay algo en lo que será bueno pensar. Durante las últimas doce horas el aire expelido por los pulmones del paciente ha estado libre de impurezas. La criatura ha seguido respirando, pero sin hacer uso del aire...

Se inclinó rápidamente, ajustó el estetoscopio y escuchó. Los latidos del corazón eran más

rápidos y más fuertes. Pero había en ellos una irregularidad muy fuerte. A través de la costra casi sólida que recubría a la criatura, los sonidos eran amplificados y deformados. Conway no sabía si el ruido provenía tan solo del corazón, o si en él contribuían otros movimientos orgánicos. Eso lo preocupaba, porque no sabía si era normal. El superviviente, a fin de cuentas, estaba en un nave ambulancia, y eso podía significar que, aparte su estado actual, podía tener alguna otra cosa...

—¿Qué es lo que está murmurando? —preguntó O'Mara, haciéndole comprender a Conway que estaba hablando en voz alta—. ¿Está diciendo que el enfermo no está enfermo?

Distraídamente, Conway dijo:

—Una madre puede sufrir con el parto, pero eso, desde un punto de vista técnico, no quiere decir que esté enferma.

Pensó que le gustaría saber mejor lo que estaba ocurriendo en el interior del paciente. Si sus oídos no estuvieran completamente cubiertos por la costra, habría intentado utilizar de nuevo el Traductor. Los ruidos de sorber, entrechocar, burbujear, podían no tener ningún significado.

—¡Conway!... —gritó O'Mara. Bajó inmediatamente la voz a un tono normal—; Conway, estoy en contacto con la nave de Skempton. Parece que ya entraron en contacto con los alienígenas. Ahora están recibiendo al coronel... —Calló unos instantes, y luego—: Aumentaré el volumen para que oiga por usted mismo lo que dicen.

—No muy alto — dijo Conway. Luego se giró hacia Prilicla—: ¿Las emociones?

—Mucho más fuertes. Estoy detectando nuevamente emociones separadas. Sensaciones de aflicción, desánimo y miedo... tal vez claustrofóbicas... acercándose al pánico.

Conway miró al paciente, que se mantenía inmóvil.

—No puedo correr el riesgo de esperar más tiempo. Debe estar demasiado débil como para arreglárselas solo. Biombos, enfermero.

Los biombos estaban destinados a excluir a O'Mara. Si el psicólogo veía lo que iba a ocurrir, sin saber de qué se trataba llegaría ciertamente a conclusiones equivocadas. Y sería capaz de intentar detener a Conway por la fuerza.

—El desánimo está aumentando —dijo repentinamente Prilicla—. No dolor, sino una intensa sensación de urgencia...

Conway asintió en un gesto de comprensión. Tomó un escalpelo y comenzó a cortar la costra, intentando determinar su espesor. Ahora era como una corteza seca que se deshacía, ofreciendo poca resistencia al corte. A una profundidad de veinte centímetros surgió lo que parecía ser una membrana gris, aceitosa, débilmente irisada, pero no apareció ningún fluido corporal. Conway suspiró con alivio y repitió el proceso en otra área. Esta vez la membrana mostró un tono verdoso y se agitaba ligeramente. Pasó a otra zona.

Aparentemente, la profundidad media de la costra era de unos veinte centímetros. Trabajando con furiosa rapidez, Conway abrió la costra en un total de nueve lugares, espaciados a intervalos más o menos regulares, alrededor del cuerpo en forma de anillo, y luego interrogó a Prilicla.

—Mucho peor —dijo el GLNO—. Extrema angustia mental, miedo al... estrangulamiento. El pulso es más tuerte e irregular... el corazón está haciendo un gran esfuerzo. Está perdiendo de nuevo la consciencia...

Antes de que el empata terminara de hablar, Conway estaba haciendo cortes largos, salvajes, entre las aberturas que antes hiciera. *Todo* tenía que ser sacrificado en favor de la rapidez. Un maderero con un hacha desafilada hubiera hecho un trabajo más perfecto.

Cuando terminó, miró al paciente durante tres segundos, pero no lo vio moverse. Conway tiró el escápel y comenzó a arrancar la costra con las manos.

Súbitamente, lo voz de Skempton se dejó oír en la sala, describiendo excitadamente su

descenso en la colonia alienígena y el establecimiento de comunicaciones con ellos. Estaba diciendo:

—O'Mara, la organización sociológica es extraña. ¡Nunca vi nada parecido! Hay dos formas de vida distintas. ..

—¡Pero pertenecen a la misma especie! —gritó Conway, sin dejar de trabajar. El paciente estaba dando buenas señales de vida y resolviendo sus problemas sin ayuda. Conway sintió deseos de gritar de alegría, pero se limitó a proseguir—: Una forma tiene diez piernas, como nuestro amigo, pero sin el rabo en la boca. Esa es tan solo una disposición de transición.

»La otra forma es... —Conway hizo una pausa para analizar a la criatura que tenía ante sí. Los restos de la costra que la habían recubierto estaban en el suelo, unas arrancadas por él, otras por la propia criatura. Prosiguió—: Digamos... respirando oxígeno, sin la menor duda. Ovípara. Cuerpo largo, delgado y flexible, con cuatro piernas como las de los insectos, manipuladores, los órganos sensoriales normales y tres pares de alas. Clasificación GKNM. Aspecto visual algo parecido al de una libélula.

Creo que la primera forma, a juzgar por los burdos apéndices que notamos, ejecuta la mayor parte del trabajo pesado. Solo después de pasar por el estado de crisálida y convertirse en la forma más diestra y hermosa, semejante a la libélula, hay que considerarla adulta y capaz de efectuar trabajos de responsabilidad. Lo cual, según creo, debe conducir a una sociedad complicada...

El coronel Skempton lo interrumpió con el tono de voz de alguien profundamente frustrado:

—Iba a decir que un par de esas criaturas va ya en camino para hacerse cargo del superviviente. Pidieron que no se le hiciera nada al paciente...

En aquel momento, O'Mara apartó el biombo. Miró con la boca enormemente abierta al paciente, que estaba ocupado en sacudir sus alas y que después, con un visible esfuerzo, adoptó una actitud más compuesta.

—Creo que tengo que presentarle mis disculpas, doctor —dijo el psicólogo—. ¿Pero por qué no le dijo nada a nadie?

—No tenía ninguna prueba absoluta de que mi teoría fuese correcta —dijo Conway seriamente—, Cuando noté que el paciente caía en el pánico siempre que se le decía que íbamos a ayudarlo, sospeché que el desarrollo de la costra era algo normal. Una oruga se negaría rotundamente a que alguien le retirara prematuramente la crisálida, porque eso la mataría, Y había otros indicios. La falta de alimentación, la posición, en forma de anillo y con los apéndices vueltos hacia el exterior... obviamente un mecanismo de defensa, heredado de los tiempos en que sus enemigos naturales amenazaban al nuevo ser dentro de su costra... y finalmente el hecho de que el aire expelido durante las últimas fases no presentaba impurezas, mostrando que los pulmones y el corazón que oíamos ya no poseían una conexión directa.

Conway explicó que en las primeras fases del tratamiento no tenía la certeza de que su teoría fuera exacta, pero que no tenía dudas que permitiesen a Mannon o a Thornnastor hacer lo que querían. Llegó a la conclusión de que el estado del paciente era normal, o razonablemente normal, y que lo mejor sería no hacer absolutamente nada. Y eso fue lo que hizo.

—... Pero este es un Hospital que cree que hay que hacer por un paciente todo cuanto sea posible —prosiguió Conway—, y no podía imaginar al doctor Mannon, a usted o a cualquier otra persona de aquí aceptando mis teorías cuando el paciente parecía estar nutriéndose. Tal vez alguien hubiera aceptado mis palabras y decidido actuar según ellas, pero no tenía la certeza de que esto fuera lo que ocurriese. Y teníamos que curar al paciente, porque en ese momento aún no sabíamos como serían sus amigos...

—Muy bien, muy bien —cortó O'Mara, levantando las manos—. Es usted un genio, doctor, o algo muy parecido a eso. ¿Y ahora?

—Tenemos que tener presente que la criatura estaba en una nave hospital, de modo que debía haber alguna cosa que iba mal en ella, aparte de su estado. Estaba demasiado débil para

salir de su crisálida, y necesitaba ayuda. Tal vez la debilidad fuese su único problema. Pero si hay alguna otra cosa, Thornnastor y su gente podrán curarla, ahora que podemos comunicarnos con ella y obtener su cooperación.

Repentinamente preocupado, añadió:

—A menos que nuestros primeros y equivocados esfuerzos para reconfortarla le hayan producido algún daño mental. —Conectó el Traductor, se mordió los labios por un momento, y se dirigió al paciente—: ¿Cómo se encuentra?

La respuesta fue corta y precisa, pero contenía todo cuanto era capaz de alegrar el corazón de un médico preocupado.

—Tengo hambre —dijo el paciente.

FIN

Tomado de: Hospital del Espacio
Titulo Original: Hospital Station
Autor: James White
Traducción: S. Castro

Mas información en: [Hospital del Espacio](#), un articulo escrito por Luis Bolaños y Daniel Mejía y publicado en Velero 25.